



Un poeta coquimbano

Nuestro tiempo ha distorsionado de tal modo los valores que no gusta de las voces suaves, de los acentos delicados. Parece condición indispensable para alcanzar popularidad la voz ronca, ruidosa, el grito o el estabrupto. Algunos de nuestros escritores —no hay por qué mencionarlos porque el buen lector los reconoce— escriben para impresionar, para ser rectificados. Así su nombre volverá a aparecer. Sólo gritando mucho —parecen decir— lograremos ser oídos.

Otros se arriman a los frondosos árboles que representan los nombres consagrados por la tradición y disfrutan bajo su sombra protectora de sus reflejos luminosos. Se vanaglorian de su amistad aunque sólo los hayan visto a lo lejos y se convierten en mosqueteros defendiendo presuntas postergaciones e injusticias, con lo cual logran ser oídos y adquieren fama de justos y generosos. Siempre tienen un árbol gigantesco que les sirve de escudo y los motiva a escribir.

Los más, provincianos y silenciosos, realizan su obra, buena o mala según el gusto del lector, poniendo en ella su pasión y su vida ajenos al aplauso fácil y al diáramo. Tal es el caso de Fernando Binvignat, poeta de Coquimbo y La Serena, recientemente fallecido, mirado en menos por la juventud que lee poco y mal, escasamente conocido ahora por los de más edad. La serenidad de sus juicios y la delicadeza de sus poemas no le han permitido alcanzar los favores de la caprichosa y momentánea diosa de la fama. "Su buen gusto —como ha escrito Alex Varela— lo ha salvado de cualquier extremismo". Su caso lo ha expuesto en pocas palabras Monseñor Fidel Araneda Bravo: "No era reformador ni vanguardista y por lo mismo su nombre ha quedado en el olvido".

¿Por qué extraña razón es necesario mantener una actitud reformista en el campo de las bellas letras para triunfar? ¿Qué es lo que hay que reformar? ¿Acaso no es verdad que desde Homero hasta hoy el pensamiento y el arte han seguido una línea de exaltación de la verdad y la belleza, a pesar de sus ocasionales tropiezos? No negamos la fuerza y la necesidad de los movimientos literarios, sabemos que cada nueva orientación significa una ruptura con la tendencia anterior. No de-

cimos una "superación". Creemos más bien que es un nuevo planteamiento de la realidad literaria, más acorde con los cambios que experimenta la sensibilidad. Porque el vanguardismo por sí sólo lleva al mismo resultado que la acción sin apoyos ideológicos. Pronto pasa a ser anticuado, material de museo, porque el tiempo va dejando rezagadas las más altas vanguardias soñadoras.

Fernando Binvignat, miembro correspondiente de la Academia Chilena, propuesto en varias ocasiones para el Premio Nacional de Literatura, sólo alcanzó el año recién pasado un modesto Premio Regional, gracias a los desvelos del Circulo Literario Carlos Mondaca, de La Serena, que dirige la activa e inteligente Ana Alvarez Núñez. Pero el peso de su poesía, en contraste con su desordenada bohemia, seguirá alimentando la ilusión de los que creemos en el valor de la serenidad, en la palabra precisa, en el tono menor sostenido y puro, sin juegos dialectales, sin extrañas perturbaciones ni asociaciones dislocadas que más tarde el mismo autor recusa por hijos espúreos de un momento desafortunado.

En su retiro de Guayaacán tuvimos ocasión de departir en varias ocasiones. El poeta vivía aquejado por numerosos males. Durante cerca de cuarenta años hemos seguido paso a paso el proceso de sus obras, la aparición de sus poemas en El Mercurio y siempre lo hemos visto con su canto limpio, puro y sereno en voz baja si se quiere, trabajando los eternos temas del amor, de la vida y de la muerte, ofreciendo su paz interior a todos los hombres que pasan por la vida en busca de la verdad y de la belleza.

Ahora ha emprendido el camino sin retorno. Estas breves palabras quisieran ser una ofrenda amorosa al amigo y al poeta cuya voz el tiempo apaga para resucitar en otras voces, al poeta fortalecido por el dolor, que supo dar a un tiempo desordenado y a una vida desordenada, una gran serenidad interior. Como elogio final recordaremos los dos tercetos de su soneto "Proemio": "Sea el dolor racimo o pensamiento / Del olivo instaurad el sacramento / y el madrigal cristiano de la espiga / Que Dios vigile vuestro sentimiento / le dé la vida su más puro aliento / y el corazón del cielo lo bendiga".

Modesto Parera

Un poeta coquimbano [artículo] Modesto Parera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Parera, Modesto, 1910-2003

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un poeta coquimbano [artículo] Modesto Parera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile